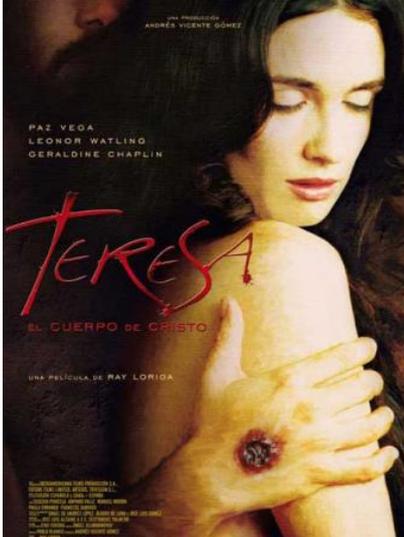


TERESA DE AVILA Y OTROS QUEBRANTOS

Ignacio Canisfidei

<p>“Cuando el dulce Cazador Me tiró y dejó herida En los brazos del amor Mi alma quedo rendida. Y cobrando nueva vida De tal manera he trocado Que mi Amado para mí Y yo soy para mi Amado...”</p> <p>Mi Amado para mí</p> <p>TERESA DE JESUS</p>	
--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	------------------------------------------------------------------------------------

En la semana de 9-2-2007, tanto en la edición digital del diario “El Mundo” como en la del rotativo “El País”, existan sean reseñas paralelas, sobre la película dirigida por Ray Loriga y protagonizada por Paz Vega, sobre la vida de Santa Teresa de Jesús, mas conocida como Teresa de Ávila, o la “Teresona” en contraposición al decimonónico y delicado colibrí espiritual de Santa Teresita.

No voy a prejuzgar las reseñas de los citados diarios, pues informaban opinando, acerca de la “valoración” de la Conferencia Episcopal sobre la película, y no juzgaré –ni a la misma, ni a los actores, ni al director, ni a los críticos- hasta ver la obra cinematográfica.

He de reconocer que el cartel publicitario, me encanta por su provocación, entre otras cosas; se que hay comentaristas que no les place, les da grima, lo consideran “carnal”, incluso erótico, y por ende irreverente. A mi la verdad me encanta, me gusta y no me asusta.

Quizás porque vengo fogueado en este tiempo por la lectura del libro de Isaías¹ que al pie transcribo, y que pertenece al IV Domingo del Tiempo Ordinario, ciclo C.

¹ El año de la muerte del rey Ozías vi al Señor sentado en un trono excelso y elevado, y sus haldas llenaban el templo. ² Unos serafines se mantenían erguidos por encima de él; cada uno tenía seis alas: con un par se cubrían la faz, con otro par se cubrían los pies, y con el otro par aleteaban.

³ Y se gritaban el uno al otro:
«Santo, santo, santo, Yahvé Sebaot:
llena está toda la tierra de su gloria.»

⁴ Se conmovieron los quicios y los dinteles a la voz de los que clamaban, y el templo se llenó de humo*. ⁵ Y dije:
«¡Ay de mí, que estoy perdido,
pues soy un hombre de labios impuros,
y entre un pueblo de labios impuros habito:
que al rey Yahvé Sebaot han visto mis ojos!»

Y es que de la citada lectura, solo me he quedado con la “visión del altar”, la “brasa”, la “purificación” y “heme aquí envíame”.

Y es que viviendo a rebufo del “mar de Cristal” y la experiencia vital del abrazo al Crucificado, del prendimiento de la Cruz, ahora me llega, la imagen del cartel de la película.

Quizás el autor, no es consciente del trasfondo “teológico” del cartel, pero para mi lo tiene, una foto de Paz Vega (simulando a Teresa de Ávila), desnuda, anonadada, débil, frágil, grácil como una gacela, tímida como un colibrí, abrumada, agradecida... y amada, acogida, tocada por un (simulado) Jesucristo... ¡¡¡RESUCITADO!!! vivo, tangible, con las marcas de la Pasión –tradicionales en nuestro colectivo imaginario, en nuestra iconografía-. La misma descripción que por ejemplo vemos en el evangelio de Juan². ¿No es una gozada? ¿No es hermoso? ¿No pasa lo mismo en nuestras vidas?

Uno de los problemas mas serios a los que me enfrente en mi crisis espiritual, era –y en cierta medida sigue siendo- la tangibilidad del Dios de Jesucristo, puesto que en mi vivencia, no percibía la existencia de Dios. Era una “idea”, cuajaba intelectualmente no existencialmente, pero el efecto practico se reducía a una vida éticamente cristiana, donde “dios” aparecía como un auditor –posiblemente producto de la mente-, según mis lecturas, (Freud, Unamuno, y demás maestros de la sospecha) que me hacia tributar culto como retribución o como una especie de seguro, por si acaso.

En todo este momento de tenebrosa noche, vivenciaba la expresión de Isaías, “soy un hombre impuro”; en la búsqueda de la verdad, leía a los clásicos de espiritualidad, y no entendía nada, ni a Santa Teresa, ni a San Juan de la Cruz, ni a otros muchos, nada podía entender, porque no se había producido en mí la vivencia de gratuidad, la tangibilidad del Dios de Jesucristo, en Él.

Muchas veces, buscaba, pedía, imploraba con llanto, gemido y alarido una “señal” una intervención milagrosa de Dios, que al modo paulino fulminase mis dudas,

⁶ Entonces voló hacia mí uno de los serafines con una brasa en la mano, que con las tenazas había tomado de sobre el altar, ⁷ y tocó mi boca y dijo:

«He aquí que esto ha tocado tus labios:
se ha retirado tu culpa,
tu pecado está expiado.»

⁸ Y percibí la voz del Señor que decía:
«¿A quién enviaré?, ¿y quién irá de parte nuestra?»
Dije: «Heme aquí: envíame.»

² ²⁴ Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Los otros discípulos le decían:

«Hemos visto al Señor.» ²⁵ Pero él les contestó: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el agujero de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré.» ²⁶ Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro y Tomás con ellos. Se presentó Jesús en medio estando las puertas cerradas, y dijo: «La paz con vosotros.» ²⁷ Luego dice a Tomás: «Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente.» ²⁸ Tomás le contestó: «Señor mío y Dios mío.» ²⁹ Dícele Jesús:
«Porque me has visto has creído.
Dichosos los que no han visto y han creído.»

y me diera una santidad “Express³”... y no sucedida; me adentraba más y más en los abismos de la depresión, en los arrabales del sin sentido de la existencia, Sartre, Camus y otros se aferraban a mí como en una medieval danza de la muerte, donde solo exista una hueca vida sin fin alguno, donde como Unamuno gritaba, haciendo eco de mi voz, “quiero creer pero no puedo”, atragantándose el “Credo” como a S. Manuel Bueno Mártir al llegar al “Creo en la resurrección...”

Y en esto, esa bendita noche en la que decidí crucificar a Jesús, en la que como Niezthe me quise alzar como pregonero de la muerte de “dios”, como heraldo de mi victoria como hombre en mi vida, Él paso primero como “brisa suave” y luego como un vendaval impetuoso, arrollador; hoy sigue pasando también, educándome en el arte de la esperanza y de la escucha en la encarnación⁴, desde la encarnación⁵ a través de las mediaciones de la gracia por Él donadas.

La vivencia de gratuidad, la vivencia de Jesucristo, es multiforme y única a la par, yo se lo que a mí me sucedió, y lo que hoy me sucede, no lo puedo explicar mas que por referencias, se me escapa, ¿Cómo describir las intuiciones, las mociones del Espíritu del Señor para mí?. Posiblemente a Ray Loriga, y por extensión a Paz Vega, le ocurra lo mismo a la hora de plasmar las vivencias del encuentro de Teresa de Ávila con Jesús,-y de ahí nazca la critica, no sé- lo único cierto es que la vivencia se da en nuestros parámetros vitales, en la encarnación, en nuestra existencia humana.

Os preguntareis a qué viene todo esto, cuál es su relación con el profeta Isaías; (no sé, pero esta deducción de la Palabra con otras fuentes escritas o vitales suele ser la forma habitual en la que el Señor me habla⁶); la respuesta puede ser breve, sencilla y simple.

Frente a nuestra colectiva vivencia de impureza, de contingencia, de incapacidad, de perentoriedad, de fragilidad, de ser diezmados por la muerte, el dolor, la enfermedad, la injusticia... ponemos a Jesús el Cristo, ubicamos al Padre Celestial, lejos de nosotros, en su trono y nuestra “justicia” nos dice: “no hay perdón de Dios” ¿os suena el refrán? ¿Lo habéis oído pronunciar sobre vosotros? ¿Lo habéis decretado? ¿Os lo habéis aplicado a vosotros mismos?

No nos podemos salvar a nosotros mismos, no podemos salvar a nuestra familia, a nuestra nación, a nuestra humanidad, a nuestra comunidad, a nuestra iglesia. ¿Cuántos albañales tenemos? ¿Cuántas fosas sépticas? No hay nadie justo, ni uno solo.

³ En este sentido recomiendo ver la película “El tercer milagro”

⁴ “Hoy la deidad se ha unido y amasado con nuestra humanidad tan fuertemente que jamás se pudo separar ya esta unión, ni por la muerte, ni por nuestra ingratitud” Santa Catalina de Siena, Elevaciones nº 15

⁵ Según Santo Tomas, el Padre Eterno “Pudo restaurar la naturaleza humana de múltiples maneras” (S.T III q, 1 a, 2) pero eligió la solidaridad con nuestra carne, pues “tanto amo Dios al mundo que...” (S. Juan 3,16)

⁶ Por si alguien piensa que esto son innovaciones mías, traigo a colación que el “Octavo modo de Orar de N.P. Domingo” reza: “Nuestro Padre Santo Domingo tenía otro modo de orar, hermoso, devoto y grato para él. Se iba pronto a estar solo en algún lugar, para leer u orar, permaneciendo consigo y con Dios. Se sentaba tranquilamente y, hecha la señal protectora de la cruz, abría ante sí algún libro; leía y se llenaba su mente de dulzura, como si escuchara al Señor que le hablaba, según lo que se dice en el salmo: “Voy a escuchar lo que dice el Señor” (Sal 84, 9). A lo largo de esta lectura hecha en soledad, veneraba el libro, se inclinaba hacia él, y también lo besaba, en especial el Evangelio.” Para profundizar, En casa, Fuera de Casa, en el Camino... Los modos de Orar de Santo Domingo. Bernardo Fueyo Suárez San Esteban

Entonces ¿la desesperación? ¿El abismo? ¿El suicidio intelectual de la existencia? ¿La vivencia narcótica del placer?

En el instante preciso de la desesperación, la sorpresa acontece, un serafín, un ángel lleva una “brasa” (en la terminología bíblica ángel significa enviado, y en ciertos pasajes describe a los seres preternaturales, en otros a los hombres que llevan las nuevas de Dios, y en otros como “el ángel de Yahvé” prefiguran a Jesucristo).

¿La brasa? ¿Sabéis lo que significa? A Jesús el Cristo, tomado del altar del trono del Eterno, de sus mismas entrañas, se nos lleva a nuestra boca, como lugar de encuentro y, allí, nos purifica.

Es decir, Jesús entra en los parámetros de nuestra vivencia, y nos salva según el designo del Eterno, desde nuestro lenguaje de carne. La humanidad de Jesús (hoy resucitada) es el lugar de encuentro contigo y conmigo⁷.

Y se vale de “serafines” para ese encuentro, dentro de la encarnación, dentro de lo que tu entiendes, pues además de ser real, lo vivencias.

El encuentro consentido de tu boca⁸ y la “brasa” es la vivencia de gratuidad, la vivencia de Jesucristo que te justifica, que te purifica, y la descripción la tenemos en el evangelio de Juan⁹, nos hace hijos de Dios, o en el Cantar de los Cantares, amado y amada.

⁷ “A los que Dios elige para algo los prepara y dispone de tal modo que sean idóneos para ello” S. Tomas de A. S.T III, q 27, a 4, c

⁸ Signo de la propia vida, baste recordar que lo hace impuro al hombre es su interior, no lo que come y bebe, impureza derrotada por la recreación que en nuestra vida se produce al constante acoger la donación del amor del Padre Eterno: Jesús.

⁹ La Palabra era la luz verdadera que ilumina a todo hombre, viniendo a este mundo.

¹⁰ En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por ella, y el mundo no la conoció.

¹¹ Vino a los suyos, y los suyos no la recibieron.

¹² Pero a todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre;

¹³ los cuales no nacieron de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de hombre sino que nacieron de Dios.

¹⁴ Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Unigénito, lleno de gracia y de verdad

Por eso me encanta el cartel de la película, porque describe ese encuentro, que solo cada cual, en la intimidad de su carne sabe producido. Y solo cada cual, insisto, conoce cual es la “carne” que toca o que le toca hasta hacerle estremecer de amores¹⁰.

¹⁰ Mensaje de Benedicto XVI para la Cuaresma 2007, «Mirarán al que traspasaron»

¡Queridos hermanos y hermanas!

«Mirarán al que traspasaron» (Jn 19,37). Éste es el tema bíblico que guía este año nuestra reflexión cuaresmal. La Cuaresma es un tiempo propicio para aprender a permanecer con María y Juan, el discípulo predilecto, junto a Aquel que en la Cruz consuma el sacrificio de su vida para toda la humanidad (cf. Jn 19,25). Por tanto, con una atención más viva, dirijamos nuestra mirada, en este tiempo de penitencia y de oración, a Cristo crucificado que, muriendo en el Calvario, nos ha revelado plenamente el amor de Dios. En la Encíclica *Deus caritas est* he tratado con detenimiento el tema del amor, destacando sus dos formas fundamentales: el *agapé* y el *eros*.

El amor de Dios: *agapé* y *eros*

El término *agapé*, que aparece muchas veces en el Nuevo Testamento, indica el amor oblativo de quien busca exclusivamente el bien del otro; la palabra *eros* denota, en cambio, el amor de quien desea poseer lo que le falta y anhela la unión con el amado. El amor con el que Dios nos envuelve es sin duda *agapé*. En efecto, ¿acaso puede el hombre dar a Dios algo bueno que Él no posea ya? Todo lo que la criatura humana es y tiene es don divino: por tanto, es la criatura la que tiene necesidad de Dios en todo. Pero el amor de Dios es también *eros*. En el Antiguo Testamento el Creador del universo muestra hacia el pueblo que ha elegido una predilección que trasciende toda motivación humana. El profeta Oseas expresa esta pasión divina con imágenes audaces como la del amor de un hombre por una mujer adúltera (cf. 3,1-3); Ezequiel, por su parte, hablando de la relación de Dios con el pueblo de Israel, no tiene miedo de usar un lenguaje ardiente y apasionado (cf. 16,1-22). Estos textos bíblicos indican que el *eros* forma parte del corazón de Dios: el Todopoderoso espera el «sí» de sus criaturas como un joven esposo el de su esposa. Desgraciadamente, desde sus orígenes la humanidad, seducida por las mentiras del Maligno, se ha cerrado al amor de Dios, con la ilusión de una autosuficiencia que es imposible (cf. Gn 3,1-7). Replegándose en sí mismo, Adán se alejó de la fuente de la vida que es Dios mismo, y se convirtió en el primero de «los que, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud» (Hb 2,15). Dios, sin embargo, no se dio por vencido, es más, el «no» del hombre fue como el empujón decisivo que le indujo a manifestar su amor en toda su fuerza redentora.

La Cruz revela la plenitud del amor de Dios

En el misterio de la Cruz se revela enteramente el poder irrefrenable de la misericordia del Padre celeste. Para reconquistar el amor de su criatura, Él aceptó pagar un precio muy alto: la sangre de su Hijo Unigénito. La muerte, que para el primer Adán era signo extremo de soledad y de impotencia, se transformó de este modo en el acto supremo de amor y de libertad del nuevo Adán. Bien podemos entonces afirmar, con san Máximo el Confesor, que Cristo «murió, si así puede decirse, divinamente, porque murió libremente» (Ambigua, 91, 1956). En la Cruz se manifiesta el *eros* de Dios por nosotros. Efectivamente, *eros* es —como expresa Pseudo-Dionisio Areopagita— esa fuerza «que hace que los amantes no lo sean de sí mismos, sino de aquellos a los que aman» (De divinis nominibus, IV, 13: PG 3, 712). ¿Qué mayor «eros loco» (N. Cabasilas, Vida en Cristo, 648) que el que trajo el Hijo de Dios al unirse a nosotros hasta tal punto que sufrió las consecuencias de nuestros delitos como si fueran propias?

«Al que traspasaron»

Queridos hermanos y hermanas, ¡miremos a Cristo traspasado en la Cruz! Él es la revelación más impresionante del amor de Dios, un amor en el que *eros* y *agapé*, lejos de contraponerse, se iluminan mutuamente. En la Cruz Dios mismo mendiga el amor de su criatura: Él tiene sed del amor de cada uno de nosotros. El apóstol Tomás reconoció a Jesús como «Señor y Dios» cuando puso la mano en la herida de su costado. No es de extrañar que, entre los santos, muchos hayan encontrado en el Corazón de Jesús la expresión más conmovedora de este misterio de amor. Se podría incluso decir que la revelación del *eros* de Dios hacia el hombre es, en realidad, la expresión suprema de su *agapé*. En verdad, sólo el amor en el que se unen el don gratuito de uno mismo y el deseo apasionado de reciprocidad infunde un gozo tan intenso que convierte en leves incluso los sacrificios más duros. Jesús dijo: «Yo cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Jn 12,32). La respuesta que el Señor desea ardientemente de nosotros es ante todo que aceptemos su amor y nos dejemos atraer por Él. Aceptar su amor, sin embargo, no es suficiente. Hay que corresponder a ese amor y luego comprometerse a comunicarlo a los demás: Cristo «me atrae hacia sí» para unirse a mí, para que aprenda a amar a los hermanos con su mismo amor.

Sangre y agua

«Mirarán al que traspasaron». ¡Miremos con confianza el costado traspasado de Jesús, del que salió «sangre y agua» (Jn 19,34)! Los Padres de la Iglesia consideraron estos elementos como símbolos de los sacramentos del Bautismo y de la Eucaristía. Con el agua del Bautismo, gracias a la acción del Espíritu Santo, se nos revela la intimidad del amor trinitario. En el camino cuaresmal, haciendo memoria de nuestro Bautismo, se nos exhorta a salir de nosotros mismos

Solo Él conoce nuestra desnudez, que antes del pecado original, no era obstáculo para la vida divina “¿Quién te dijo que estabas desnudo?”.

En la Renovación tenemos la gracia, de que estas cosas las conocemos por experiencia inmediata, no como cúspide de perfección ascética, nuestra experiencia puede ser equiparable a la de Santa Teresa, no voy a decir superior o inferior, eso solo el Padre lo sabe, lo que si es cierto, es que ella torpemente nos describió ese encuentro con la “brasa” en dialéctica de amada-amado, y solo quien haya tenido un encuentro “abrasado” puede entender, comprender y asentir. Quien no, nunca llegará, ni mucho menos lo plasmará, podrá intuir algo –como el autor del cartel, pero nada mas-; mucho menos gozará del abrasamiento del amor divino manifestado en Jesús. De ahí la vitalidad de la oración en lenguas, de la alabanza y adoración como cauce de expresión individual y colectiva del “abrasamiento” vivido.

“Heme aquí iré” finaliza el texto de Isaías, ya expresé muchas veces que el único talento¹¹ que a todos se nos da, sin excepción alguna, es Jesucristo, la vivencia del amor de Dios. Aquél es la tangibilidad de la misma entraña de este, tangibilidad que nos hace Hijos; ÉL –Jesús- es el don universal para todo hombre. ¡Ay de aquél que conociéndole no le ame, ni le siga! ¡Ay de aquel que conociéndole se deje aturdir, vencer o escorar por el pecado y rehúse la perenne gratuidad del Padre en Jesús! ¡Ay de aquel que sustituya la prevalencia de la iniciativa del Padre en cada momento de su vida¹², y encauce la gracia como quien construye una presa en un río! De su seno brotara agua amarga, pestilente y mortuoria, no el agua viva del Resucitado, por más que se quiera revestir de “sanidad”, “sanación” o “unción¹³”.

Vicente Borragán Mata O.P en su último libro¹⁴ expone claramente como en Jesús la misericordia de Dios¹⁵, busca al hombre por todo camino, momento y ocasión,

para abrirnos, con un confiado abandono, al abrazo misericordioso del Padre (cf. S. Juan Crisóstomo, Catequesis, 3,14 ss.). La sangre, símbolo del amor del Buen Pastor, llega a nosotros especialmente en el misterio eucarístico: «La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús... nos implicamos en la dinámica de su entrega» (Enc. *Deus caritas est*, 13). Vivamos, pues, la Cuaresma como un tiempo ‘eucarístico’, en el que, aceptando el amor de Jesús, aprendamos a difundirlo a nuestro alrededor con cada gesto y palabra. De ese modo contemplar «al que traspasaron» nos llevará a abrir el corazón a los demás reconociendo las heridas infligidas a la dignidad del ser humano; nos llevará, particularmente, a luchar contra toda forma de desprecio de la vida y de explotación de la persona y a aliviar los dramas de la soledad y del abandono de muchas personas. Que la Cuaresma sea para todos los cristianos una experiencia renovada del amor de Dios que se nos ha dado en Cristo, amor que por nuestra parte cada día debemos «volver a dar» al prójimo, especialmente al que sufre y al necesitado. Sólo así podremos participar plenamente de la alegría de la Pascua. Que María, la Madre del Amor Hermoso, nos guíe en este itinerario cuaresmal, camino de auténtica conversión al amor de Cristo. A vosotros, queridos hermanos y hermanas, os deseo un provechoso camino cuaresmal y, con afecto, os envío a todos una especial Bendición Apostólica. Vaticano, 21 de noviembre de 2006

BENEDICTUS PP. XVI

¹¹ Mt. 25, 14-30

¹² “A los justos es familiar y frecuente ser inducidos a obrar en todo por inspiración del Espíritu Santo” S.T de Aquino, S.T III q, 36 a, 5 c y ad 2

¹³ “Basta de unguento, que con tanto unguento se están pudriendo los miembros de la esposa de Cristo” Santa Catalina de Siena, tomado en sentido alegórico, ahora, significa la denuncia de una cierta praxis o teología del “poder de Dios”, “guerra espiritual” o “carisma” ignorando la Cruz, la Pasión, la Resurrección, incluso a Cristo, por un maniqueísmo irredento.

¹⁴ ¿Nos salvaremos todos? ¿Se condenara alguno? Gratuidad de la Salvación nº 104 Edibesa

¹⁵ “La tradición israelita está llena de admiración por esa misericordia entrañable de Dios: “Pero, según nuestros rabinos, su Clemencia perdona a toda hora del día y su justicia que castiga, no sopla cada día más que durante la milésima parte de la milésima parte de un instante”. “El Santo, bendito sea, no tiene misericordia de Israel por un año o dos, sino eternamente. La Ley de misericordia está en su lengua”. “por eso, la misericordia es eterna. Si fuese de acuerdo con la medida de nuestros meritos, se agotaría enseguida, y si fuese con una medida humana sería también una

hasta el extenuante final tiene la voluntad que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad¹⁶.

Entonces la gratuidad es un pórtico triunfal, no un punto de llegada, donde actúa como premio de la santidad; no, mas bien, la santidad es la necesaria consecuencia de la gratuidad que es “el estilo de vida del hombre renovado” –en definitiva- un puesto de salida, no de llegada.

Me atrevo a complementar que ese estilo de vida, que esa gratuidad, se encarna particularmente, en cada momento o instante de cada existencia dándole el tono que solo ella entiende, pero que además la hace común al resto de la humanidad recopilada en la Iglesia de Dios, en definitiva la comunión de los santos que confesamos y en la que nos reconocemos.

Para unos el Señor, será el Señor de los Ejércitos, para otros su amante, o su hermano, algunos tendrán una conciencia más aguda de ser hijos de Dios, pero todos pasan en el Espíritu, por Jesús el Cristo, por el Amor del Eterno, del Dios Altísimo; ello mediante la encarnación, en este “mínimo común denominador” que todos entienden y comunican¹⁷, no rehúses el lenguaje de la humanidad, el lenguaje de la encarnación, el lenguaje de la cruz, es el tuyo, el mío, y el de Jesús El Cristo –pues no conocemos más dios, mas misericordia, mas gratuidad que lo que Él nos revela-. ¿No expresa esto el cartel de la película? Me parece que sí; pues eso, abrázate de amores, con Aquél que por tí colgó de un madero.

realidad finita y transeúnte. Pero la medida de los dones de Dios es Dios mismo”. “Esta escrito: las misericordias del Señor no se acaban”. El Midrás Hallel dice: “soy pobre en preceptos cumplidos; así, pues, me tienes que salvar gratuitamente, ya que por mi parte no tengo ningún título de salvación”. “Ponen a prueba a Dios, no una, ni cien, ni mil veces, sino mil millones de veces... y no dará nunca un paso atrás, no habrá perdido la sonrisa ni habrá disminuido su amor”. Su misericordia seguirá brillando como una luz en medio de una noche tenebrosa.

Así es Dios: océano de misericordia: “Como no se cansa el aire de girar, ni los ríos de fluir, no los amantes de amar, así la misericordia de Dios es incasable, insaciable, incontenible. El Señor rebosa de compasión”. Sus entrañas maternas pueden más que sus *enojos*. Él sabe que somos débiles hasta la desesperación, por eso está *condenado* a tener misericordia de nosotros.” Vicente Borragán Mata O.P, o.c pag. 150

¹⁶ Me ha parecido consoladora, y refrescante, la publicación en la web de la Razón (07-02-07), como en fluvium.org, una entrevista a la actriz Juliette Binoche que parcialmente transcribo a retazos, como un delicado manjar:

Binoche asegura que en el evangelio de san Juan ha descubierto "un pozo de luz sin fondo" en el cual se sumerge regularmente: "Este evangelio es una mina, sobre todo el prólogo, un abismo que exprime el misterio del Verbo hecho carne. El hecho de que Cristo sea divino y humano, que sea el puente, que tome todos los colores de lo humano para llevar nos a lo divino, ¡es algo tan grande!", sostiene.

"Se emplea más energía en demoler que en construir y ya no se participa del fuego creativo de la vida, en transformar nuestras tinieblas en luz". Y concluye, confiada: "Yo creo que hasta en el fondo del infierno queda siempre un punto de luz. ¡Y yo he tenido siempre tanto deseo de alcanzarlo...!".

¹⁷ ¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre misericordioso y Dios de toda consolación, ⁴ que nos consuela en toda tribulación nuestra para poder nosotros consolar a los que están en toda tribulación, mediante el consuelo con que nosotros somos consolados por Dios! ⁵ Pues, así como abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, igualmente abunda también por Cristo nuestra consolación. ⁶ Si somos atribulados, lo somos para consuelo y salvación vuestra; si somos consolados, lo somos para el consuelo vuestro, que os hace soportar con paciencia los mismos sufrimientos que también nosotros soportamos. ⁷ Es firme nuestra esperanza respecto de vosotros; pues sabemos que, como sois solidarios con nosotros en los sufrimientos, así lo seréis también en la consolación. 1ª Cor 1, 3-7

Jesús “brasa” del Altar del Eterno, que nos aconteces hoy en carne resucitada como amante, como hermano mayor, sedúcenos, ámanos hasta la extenuación, se tangible para nosotros en nuestras circunstancias, para poder ser portadores tuyos en todo momento, lugar y circunstancia, enervando las estructuras de pecado que oprimen a la humanidad. Amen.